



LA SENDA DE LOS ALACRANES

Ángel Collado Mateo

LA SENDA DE LOS ALACRANES



Primera edición: diciembre de 20204

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ángel Collado Mateo

ISBN: 979-13-87612-10-8

ISBN digital: 979-13-87612-11-5

Depósito legal: M-26606-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para mi madre, espiritualmente presente en cada página de este libro.

ÍNDICE

BREVE PRÓLOGO DEL AUTOR.....	11
CAPÍTULO 1.....	13
CAPÍTULO 2.....	29
CAPÍTULO 3.....	35
CAPÍTULO 4.....	45
CAPÍTULO 5.....	53
CAPÍTULO 6.....	65
CAPÍTULO 7.....	75
CAPÍTULO 8.....	81
CAPÍTULO 9.....	91
CAPÍTULO 10.....	99
CAPÍTULO 11.....	107
CAPÍTULO 12.....	111
CAPÍTULO 13.....	121
CAPÍTULO 14.....	133
CAPÍTULO 15.....	149
CAPÍTULO 16.....	161
CAPÍTULO 17.....	167
CAPÍTULO 18.....	185
CAPÍTULO 19.....	195

CAPÍTULO 20.....	201
CAPÍTULO 21.....	207
CAPÍTULO 22.....	219
CAPÍTULO 23.....	231
CAPÍTULO 24.....	235
CAPÍTULO 25.....	239
CAPÍTULO 26.....	249
CAPÍTULO 27.....	261
CAPÍTULO 28.....	269
CAPÍTULO 29.....	287
CAPÍTULO 30.....	297
CAPÍTULO 31.....	305
CAPÍTULO 32.....	309
CAPÍTULO 33.....	325
CAPÍTULO 34.....	343
CAPÍTULO 35.....	349
CAPÍTULO 36.....	357
CAPÍTULO 37.....	375
CAPÍTULO 38.....	387
CAPÍTULO 39.....	397
CAPÍTULO 40.....	417
CAPÍTULO 41.....	429
CAPÍTULO 42.....	437
CAPÍTULO 43.....	445
CAPÍTULO 44.....	453
EPÍLOGO.....	467

BREVE PRÓLOGO DEL AUTOR

La senda de los alacranes comenzó a gestarse en mi infancia, cuando escuchaba con la boca abierta las historias que mis padres y abuelos contaban en las sobremesas en aquella vetusta casa del valle de Viejas. Narraciones que, con frecuencia, aterrizaron en la Guerra Civil y su ineludible posguerra y que encendieron mi imaginación de tal manera que era inevitable que acabasen conformando una novela, antes o después. La mayoría de los personajes que pululan por *La senda de los alacranes* son históricos; algunos lo son en plenitud, otros solo parcialmente y sometidos a los caprichos manipulativos del autor, todo hay que decirlo, pero en conjunto pretenden conformar la intrahistoria de lo que aquel triste conflicto bélico supuso para las gentes corrientes y molientes que habitaban las sierras y vegas extremeñas en aquellos años.

Las guerras son como las enfermedades: nos caen encima sin haberlas buscado ni provocado, pero se muestran tan inexorables que nos obligan a adaptar nuestras vidas a sus exigencias, por lo que quiero dejar claro que esta no es una novela de buenos y malos ni de culpables y víctimas, sino el relato, más o menos veraz, de las consecuencias que esa enfermedad tuvo sobre aquellos a quienes les tocó padecerla en sus propias carnes, sin comerlo ni beberlo.

Por último, reconocer y agradecer a los autores que de verdad han estudiado el período histórico que abarca la novela y que, con sus conocimientos y datos, me han ayudado a darle veracidad al relato:

Julián Chaves Palacios, Juan José Lozano Morales, Antonio Alfonso Hernández, Jordi Creus, José Mariano Agudelo Blanco, Je-

sús Rodríguez Arroyo, Antoine Fraile, Julián Casanova, Francisco Espinosa, Conxita Mir, Francisco Moreno Gómez, Miguel Méndez, Javier Lafuente, Jesús Castro, Rafael González, José Verdugo, José Ignacio Fernández Ollero, Damián Morcillo Cáceres, Francisco Javier García Carrero, Benito Díaz Díaz y Abel Benito Cortijo.

ÁNGEL COLLADO MATEO,
Alcalá de Henares, 5 de julio de 2023

CAPÍTULO 1

(Diecisiete de julio de mil novecientos treinta y seis)

El alacrán se desperezó al notar la luz, tal vez con la sensación de que alguien había descorrido las cortinas que cubrían el ventanal de su cuarto, y levantó la cola mecánicamente. Se diría que intentaba desperezarse, que se estiraba y bostezaba preparándose para el nuevo día que comenzaba. En cierto modo, el aguijón, al final de la cola, bien podría ser una lanza, un florete con el que pretendía hacerse respetar, abrirse camino a través del mundo hostil que se presentaba ante sus ojos.

Adrián acercó el bote, boca abajo, y lo colocó sobre el alacrán, que quedó inmóvil en el centro. Lo volteó rápidamente y el animalito se deslizó por la pared del recipiente hasta quedar de pie sobre el fondo. Durante unos segundos no hizo el menor movimiento, claramente desorientado; quizá buscase una referencia externa que le permitiese hacerse una composición de lugar, o puede que su cerebro de escorpión reflexionase, a su manera, sobre la extraña e inesperada situación en que se encontraba. Adrián colocó la tapadera, la giró hasta que quedó ajustada y le mostró el bote a Teresa con una amplia sonrisa en los labios, de cazador que alardea de una nueva pieza recién cobrada.

—¿Quieres verlo, Tere?

Ella se encogió de hombros, sin mostrar mayor interés. Ramón se mantenía a una distancia prudencial, desentendiéndose del jue-

go, inexpresivo. Adrián se agachó, le quitó la tapa al bote, lo dejó boca abajo en el suelo y se alejó unos metros para recoger todas las ramitas, hojas secas, erizos de castaño y agallas de rebollo que pudo y las colocó en el suelo, alrededor del bote, formando una circunferencia de medio metro de diámetro aproximadamente. Colocó también algunos pedazos de papel arrugado sobre el conjunto y cuando consideró que su obra estaba terminada la contempló con gesto de satisfacción durante unos segundos, con su habitual sonrisa de luna en su cuarto creciente. Después desvió la mirada hacia Teresa, probablemente esperando un gesto de aprobación.

Retiró el bote y el alacrán quedó inmóvil, desnudo en el centro del círculo, como un actor que se estuviera preparando para recitar su monólogo ante un público expectante bajo la luz contundente y delatora de los focos. Hizo varios intentos de ponerse en marcha, poco firmes, inseguros. Ramón contemplaba el espectáculo con un ya nada disimulado desdén. Apreciaba a Adrián, pero con frecuencia sus bravuconadas le resultaban repulsivas, en parte por ser demasiado osadas y en parte, también, porque hacían que se sintiera desplazado, convertido en un mero convidado de piedra. En otras circunstancias no le habría dado importancia, pero estando Teresa delante, adquirirían una mayor relevancia.

Adrián rascó la cerilla con decisión y la cabeza del fósforo se iluminó casi instantáneamente. Luz brotando de la nada, haciéndose visible milagrosamente en el aire. A Teresa se le ocurrió pensar que tal vez había sido así cómo Dios había hecho aparecer el sol y la luna en el cuarto día de la creación. Adrián protegió la llama con el hueco de la mano izquierda y prendió con ella uno de los papeles que había colocado en la circunferencia que rodeaba al alacrán. La llamarada se extendió rápidamente hasta formar un círculo de fuego en torno al animalito, cada vez más desamparado, más empuqueñecido. Teresa hizo una mueca de disgusto, pero no apartó los ojos del espectáculo. Ramón contenía la respiración y la indignación. Adrián, en cambio, dibujaba esa sonrisa perenne y amplia que solo se ve en los retratos de los actores antiguos.

Sonrisa oronda y fija. El alacrán reaccionó de golpe, compulsivamente. Intentó correr hacia un lado. Se detuvo en seco. Cambió de sentido. Volvió a detenerse. Buscaba desesperadamente una salida que no existía. De repente, en un espasmo, estiró la cola en toda su longitud, igual que una alfombra que se desenrollara a gran velocidad, y permaneció así unos segundos, sin moverse, como si se hubiera transformado en estatua de piedra... Empezó a tener convulsiones, movimientos violentos y descontrolados. Su cola picoteaba aquí y allá, moviéndose de forma desesperada, como si intentase usarla de manguera para apagar el incendio y se le hubiese escapado de las manos. En alguna ocasión, incluso, llegó a golpear su propio lomo con el aguijón.

—Déjalo ya, Tito —dijo Teresa torciendo el gesto—, ¿es que no te da pena?

¿Pena? No era más que un alacrán, un bicho que si te descuidabas y le ponías la mano encima te clavaba el aguijón y te hacía ver las estrellas de dolor. En ningún momento se le había pasado por la cabeza que una bestezuela así fuese merecedora de ningún sentimiento cercano a la lástima. Ley de vida, ¿acaso un zorro siente pena de las gallinas que mata?

Duró poco la agonía. La cola hizo un par de movimientos finales, agónicos, puros actos reflejos, y el alacrán no se movió más. Al instante, Adrián apagó el fuego con sus botas y pinzó el bicho muerto entre el pulgar y el índice de su mano derecha. Se lo mostró a sus dos compañeros con gesto de satisfacción.

—¿Lo veis? Este demonio ya no va a picar a nadie.

—Es tan hijo de Dios como nosotros —dijo Ramón con rostro serio—. No tenías por qué haberlo matao. Ningún bicho pica por gusto. Si tú no les haces naa a ellos, tampoco ellos te lo hacen a ti.

—¿Matao? ¡Pero si yo no he hecho naa! Ha sío él solo, ¿o es que no lo has visto? Se ha clavao el aguijón él mismo, porque le ha dao la gana.

—No se ha clavao ningún aguijón, peazo alcornoque, el caparazón de los alagranes es demasiao duro, que me lo ha dicho el

doctor Ramírez, que de esto sabe mucho, y no puee atravesarlo. Y aunque lo hiciera, los alagranes no se mueren por su propio veneno. Están inmunizaos, ¿no ves que se lo fabrican ellos mismos? Así que no, Adrián, no se ha suicidao, lo has matao tú.

—¡Anda ya!, ¿es que no lo has visto con tus propios ojos? Se lo ha clavao tres o cuatro veces por lo menos.

—¡Quia! Eso son calambres que le dan porque no aguanta el calor, cacho tonto, ¿no te das cuenta de que se abrasan por dentro? Es como si a ti te agarran por el cuello, te levantan del suelo y te pones a patalear pa escaparte —apuntilló Ramón y soltó una risotada. Teresa, al imaginar a Adrián pataleando sin control mientras unas enormes zarpas lo levantaban en el aire, también dejó escapar una carcajada.

—¡Joé! Parece que os importan más los bichos que las personas —dijo finalmente Adrián, dándose por vencido, consciente de que le había salido el tiro por la culata y de que esa batalla la había perdido. Se encogió de hombros y, como quien tira una colilla al suelo tras darle la última calada, soltó el alacrán y lo aplastó con su sandalia.

Se pusieron de nuevo en marcha. Caminaban descalzos por la orilla del río, las sandalias en las manos. La humedad del suelo se filtraba a través de sus pies y se expandía por todo el cuerpo, refrescándolo. A ninguno de los tres le molestaba el roce del sol en el cuello; formaba parte de esas molestias que se aceptan con gusto, porque hacen que nos sintamos vivos, y que se reciben con agrado... porque algo en nuestro interior nos dice que no pueden ser de otra forma. El sol, que en otras circunstancias les habría resultado molesto, en la perezosa somnolencia de aquella tarde estival era bienvenido.

Teresa iba abriendo camino. Tenía alma de exploradora, aunque cualquiera lo diría, con esas piernas menudas y un cuerpo aparentemente frágil, de agua. Llevaba un vestido blanco muy ligero moteado con innumerables flores azules, los brazos desnudos y el pelo recogido en dos higiénicas trenzas que le recorrían la espalda

casi por completo. Piel morena, doblemente bronceada por el aire y el sol.

Ramón la observaba con ese embelesamiento bobalicón con el que se contempla el amanecer desde la cama una de esas mañanas de domingo en las que no hay que madrugar. Se había remangado los pantalones hasta las rodillas y llevaba la camisa desabotonada. De vez en cuando desviaba su mirada en dirección al robledal que se desplegaba sierra arriba, hasta casi alcanzar la cima de las Villuercas, o desviaba la vista para recrearse en el entorno que lo rodeaba: los canchales grises, los despeinados helechales, el orégano, las torviscas, los alisos, las violetas, el tomillo, las zarzas repletas de moras verdes, rojas, negras... Desde chico le había gustado el monte, el olor de los abrojos y los juncos mojados, de las piedras manchadas de líquenes lamidas por ese río Viejas que serpenteaba alegremente para acercarse al Ibor. Una gota de sudor se le formó en la frente y rodó por la sien izquierda. Se la secó con el antebrazo.

A su lado, Adrián se había quitado la camisa, no tanto porque le molestara el calor como por darse el gusto de exhibir su fibroso torso desnudo, con la esperanza de que en algún momento Teresa voltease la cabeza y lo viera. Siempre había sido presumido y daba la impresión de sentirse muy seguro de sí mismo; en su fuero interno le resultaba inconcebible que ninguna muchacha resistiese el impacto emocional de sus pectorales de diseño, que muy bien podrían haber servido de modelo para las ilustraciones de anatomía que tenía el doctor Ramírez en las paredes de su consulta, de manera que, con frecuencia, hubiera compañía femenina o no, encontraba una excusa para mostrarlos. Su piel relucía firme, nervuda, tostada por el sol. Se había rapado la cabeza un par de semanas atrás. Por los piojos, ya se sabe. Sobre su calavera reinaba un rastrojo oscuro que, al contrario de lo que ocurre con la mayoría de la gente, en su caso transmitía vigor, fortaleza. Más que huestes de diminutos cabellos, parecía un ejército de guerrilleros feroces desplegados uniformemente por el campo de batalla de su cráneo. Puede que fuera debido al efecto intimidatorio que transmitía su cuello ancho, de toro.

También él se había subido la pernera del pantalón hasta medio muslo. Aun así, por alguna extraña razón, lo llevaba manchado de barro. No sabía cómo, pero siempre se las arreglaba para ensuciarse. A veces pensaba que había alguien oculto cerca de él, al acecho, que aguardaba el menor descuido para salir de su escondrijo y mancharle la ropa.

Efectivamente, en un determinado momento, Teresa se giró, más que nada para cerciorarse de que sus dos amigos la seguían. Adrián intentó mantener la compostura por fuera, a pesar de notar el rubor interior que le subía desde la boca del estómago hasta las mejillas. Los ojos de la muchacha chispearon unos segundos bajo el sol y sonrieron ligeramente.

—¿Por qué te quitas la gorra, peazo alcornoque, te vas a chamuscar la calabaza? —soltó mientras esbozaba una sonrisa entre picarona y despreocupada, con ese tono condescendiente que utilizan con frecuencia las adolescentes cuando quieren parecer mujeres hechas y derechas—. Se te va a derretir la sesera, ja, ja, ja.

Y Adrián, en parte decepcionado porque el comentario de Teresa no había colmado sus expectativas, sintió el deleite de, al menos, haber llamado su atención, que era de lo que se trataba. Escuchar su voz, aunque en forma de comentario jocoso, ya era recompensa suficiente para él. El simple hecho de que se hubiera preocupado por su bienestar, por más que fuese de soslayo y en tono socarrón, era un triunfo que justificaba la molestia de haberse quitado la camisa y la dichosa gorra a riesgo de carbonizarse. Y es que no resultaba fácil atraer la atención de Teresa. No era una chica parlanchina ni dada al chismorreó, más bien todo lo contrario. Nunca parecía dispuesta a mostrar sus verdaderos pensamientos, mucho menos sus sentimientos, y los protegía detrás de una coraza de ironía. Su verdadero mundo, ese que ella guardaba en algún recoveco de su parte más espiritual, fluía en silencio entre las sombras; una corriente de agua subterránea bajo los juncos.

Muy cerca, abriéndose camino aparentemente desde todos los rincones del monte a la vez, se escuchaba el disonante estridular

de un gigantesco orfeón de chicharras. A lo lejos, soñolientos, sonaban los campanillos de un rebaño de cabras que pastaba en las pedreras, probablemente el de Bernabé el *Cojo*, el padre de Teresa. Un sonido tan familiar que se diría que brotaba espontáneamente del paisaje, un sarpullido de setas en época de lluvias, un tintineo desordenado del que no era posible extraer ninguna regla coherente o armónica. Con las campanas de la iglesia, por ejemplo, era diferente, porque había en ellas una cadencia, una lógica codificada, una sucesión ordenada fácilmente reconocible. Los dobles y redobles de campanas siempre tienen un significado concreto, pero el repiqueteo de los campanillos de los rebaños de cabras podría prolongarse hasta el infinito sin que nadie fuese capaz de encontrar un orden, una estructura, una cohesión interna... Puede que en ese quiero y no puedo resida precisamente su atractivo.

No había nubes en el cielo. La tarde era limpia, robusta, de las que no dejan hueco para que quepa ningún ser maligno; una fotografía del alma en perfecto estado de reposo. Ausente, tal vez perdido en profundas cavilaciones perrunas, Goyo, el chucho de Matías, se cruzó con ellos e, incluso, se dignó a saludarlos moviendo perezosamente el rabo; por cumplir, porque se notaba a la lengua que tenía otras cosas en la cabeza. Desapareció camino arriba, donde posiblemente lo esperaba su dueño.

Teresa era consciente del poder que ejercía sobre los dos muchachos y lo utilizaba, generalmente de forma juguetona, cuando le venía en gana. Sabía que mientras los mantuviera a raya y guardase la distancia de seguridad emocional necesaria, su libertad estaba garantizada. Con razón se lo había dicho su madre por activa y por pasiva:

—Cuidaíto con los hombres, que son mu de «esto es mío y de nadie más», así que a la que te confías te ven de su propiedad y te conviertes en una cabra más de su pastoría.

De manera que Teresa aprendió muy pronto a tensar la cuerda o soltarla a conveniencia y a calibrar la distancia perfecta; lo bastante cerca para que sus presas no se desenganchasen de su campo

gravitacional y lo bastante lejos para que el aire limpio pudiera circular con libertad. A pesar de sus pocos años, ya había vivido lo suficiente para saber que no todos los hombres son iguales y que tampoco existe una receta mágica que resulte útil para tratar con ellos, pero que algo de verdad universal había en las palabras de su madre, que resultaba válido para lidiar con los mozos y con el mundo en general.

No convertirse en posesión de nadie, esa era la clave, porque todo lo que es poseído se degrada como entidad individual, pierde su valor intrínseco y pasa a ser únicamente eso: una posesión. Sí, es cierto que algunas posesiones pueden llegar a serpreciadas y apreciadas, pero su valor ya no depende de su configuración interna, de su esencia, sino que pasa a articularse precisamente a partir de su condición de objeto poseído.

Tal vez dispuesta a disfrutar de su libertad o por el puro placer egoísta de certificar su poder, Teresa dejó el sendero e introdujo los pies en el río. Ellos la siguieron. El Viejas bajaba menguado, como todos los veranos, pero todavía llevaba agua suficiente para cubrirle hasta las rodillas. Se arremangó la falda y la aprisionó entre los muslos mientras soltaba una risotada tras otra. Ramón, tímido de natural, retiró pudorosamente la mirada, como pillado en falta, y la dejó flotando entre los juncos, los helechos, los alisos. Adrián, en cambio, la mantuvo con descaro, esbozando una de esas sonrisas audaces que tienen los bravucones cuando quieren hacer ver que comprenden el juego y que aceptan el reto que comporta. Creía, sabía o, quizá, quería creer que sabía que nada de inocente había en la actitud de Teresa, en su alegría bulliciosa, en su desenfadada voluptuosidad, y estaba dispuesto a aceptar el reto y subirse al carro en marcha.

Los zapateros, que ellos llamaban aclaraguas, huían de sus pies. Teresa se divertía fingiendo que los perseguía para patearlos. El sol se deshilachaba al intentar abrirse camino entre las ramas de los alisos y las virutas de su luz aterrizaban sobre el cuerpo de la chica sin seguir aparentemente ningún patrón, desordenadamente, con la

misma indefinición que el campanileo de las cabras. Adrián se unió a la fiesta y empezó también a chapotear, aunque, eso sí, haciéndose notar todo lo posible, de forma ruidosa, según era su costumbre. Teresa, feliz al percatarse de su compañía, lo miraba con picante complicidad, con esa alegría y esa desvergüenza que da el saberse lejos del mundanal ruido, disfrutando esos grumos de libertad que solo se alcanzan cuando la presión social desaparece y no quedan más normas que las que cada uno se quiera imponer a sí mismo.

Ramón los miraba con una media sonrisa en los labios. Ahora los dos desfilaban con aire torpemente marcial, procurando salpicarse lo máximo posible. Teresa tenía el vestido tan empapado que se le pegaba al cuerpo hasta casi convertirse en una segunda piel. La tela mojada contorneaba sus líneas de hembra con abrupta delicadeza debajo de las florecillas que ya, más que azules parecían negras; líneas que, al moverse, se curvaban de forma turbadora, de serpiente, como si quisieran amoldarse a sinuosidades invisibles en el aire, añadiendo desnudez a su desnudez y gritando a los cuatro vientos que ya era una mujer con todas las consecuencias. Teresa era un paisaje, un ecosistema de lluvia y carne, con sus recovecos, sus salientes y entrantes, sus montañas y sus acantilados. Su pecho se hinchaba y deshinchaba por el esfuerzo, en delicada armonía con el paisaje limpio de la tarde. A ojos de los dos muchachos, el atractivo de Teresa se multiplicaba por diez por el hecho evidente de que no era totalmente consciente de él. Puede que lo intuyera hasta cierto punto, pero la naturalidad de su mirada dejaba claro que su capacidad de seducción la trascendía. Quizá era ese precisamente uno de sus secretos, porque la verdadera hermosura, la que altera la sangre, es ingenua e inocente, ajena a su poder embaucador, inconsciente de su capacidad embriagadora; se ofrece sin pedir nada a cambio, con la misma espontaneidad con que los arbustos del monte conceden su aroma al que acerque la nariz a ellos, sin esperar recompensa alguna.

Ramón dudó por un momento si mantener la mirada o no. Por un lado, le parecía una falta de respeto aprovechar un momento de

supuesta debilidad de Teresa para explorar esos territorios vírgenes que hasta entonces solo habían existido en su imaginación. Por otro, rechazar la ofrenda de su amiga, suponía, en cierto modo, una falta de respeto o la aceptación de la propia culpabilidad.

—Te vas a caer al agua, cacho bobo. Pareces una cría —gritó Adrián entre risas, sin poder evitar que la lascivia apoyase los codos en las barandillas de sus pupilas, pero Teresa, haciéndose la sorda, continuó pateando aún con más brío. Él, sonriente y decidido, imitaba todo lo que ella hacía, incluso exageraba sus movimientos para causar mayor efecto, ya que la muchacha se desternillaba de risa ante cada una de sus ocurrencias. Se salpicaban el uno al otro, en aparente éxtasis, como si quisiesen finiquitar la infancia regalándose una orgía de inocencia, de pueril desenfreno.

Solo, sentado en una piedra entre los helechos, Ramón notaba que la congoja le subía por la espina dorsal y le hacía un nudo en la garganta. Se sentía fuera de lugar, excluido de la diversión, sin saber si unirse a la celebración y dar rienda suelta a sus instintos más animales, o permanecer sentado, como un pasmarote, viendo cómo Adrián se ganaba los favores de la chica de sus sueños delante de sus mismas narices. Por un momento estuvo a punto de ponerse en pie, incluso hizo el gesto de levantarse, pero lo abortó de inmediato, avergonzado. Puede que lo que buscase en realidad fuese un gesto de Teresa que le abriese esa puerta que solo estaba destinada para él, porque necesitaba sentirse elegido, deseado. Si ella hubiese tenido ese detalle, él se habría unido al jolgorio de un brinco. Pero no ocurrió nada. Teresa y Adrián parecían haber creado una burbuja solo para ellos dos en la que nada ni nadie más tenía cabida. Y, en cualquier caso, Ramón no quería parecer el tonto que se une al espectáculo en último lugar, cuando ya ha pasado lo mejor y solo quedan los rescoldos. Aunque tampoco quería parecer el intruso, el aguafiestas que no ha sido invitado, pero que se cuele para hacerse la ilusión de que es uno más. En consecuencia, permaneció allí, inmóvil entre los helechos, como un lagarto que toma el sol para calentar su sangre, con los pies

desnudos sumergidos en la orilla del río, mientras una llamarada de odio le congestionaba el corazón. Odio por las avispas bobas que se estrellaban contra el agua. Odio por Adrián, que hasta hacía un momento había sido su mejor amigo, pero que se las había arreglado para robarle lo que más quería, aprovechándose de su descaro, su personalidad arrolladora y su don de gentes. Odio por Teresa, que no había tenido reparo en dejarlo allí, desamparado entre los helechos, convertido en ese juguete roto y viejo que ya no sirve. Pero, sobre todo, odio por él mismo, incapaz de abrir la puerta del paraíso a pesar de haber tenido la llave entre los dedos; por su impotencia, su pasividad, su cobardía. Se sentía un convidado de piedra, un pordiosero contemplando una orgía entre dioses en la que sabe que jamás podrá participar. Viéndolos así, juntos, envueltos en la misma vorágine de sensualidad, Ramón tuvo la certeza de que Teresa, definitivamente, se le había escapado, se había desprendido de su órbita.

Teresa y Adrián: Ella, desnuda bajo su ropa mojada y bajo el sol. Él, desnudo sobre su sangre caliente y bajo su ropa empañada, mientras un puñado de libélulas sobrevolaba la escena, intentando darle más glamur al conjunto. Entretanto, una rana croaba perezosamente entre los yerbajos.

No necesitaron mucho tiempo para secarse, porque el sol se había hecho dueño y señor absoluto de la tarde. Se tumbaron boca arriba sobre una alfombra de hierba seca. Adrián se colocó la gorra sobre la cara y Teresa protegió la suya con un pañuelo. Durante el tiempo que permanecieron así, Ramón no se movió de su puesto. Nunca antes había sentido un peso parecido en el alma ni había sido consciente de lo mucho que Teresa significaba para él.

Aunque estaba acostumbrado a trabajar desde muy chico, tanto en las faenas del campo como en la fragua de su padre, Ramón nunca se había visto a sí mismo como un hombre adulto, ni siquiera en su imaginación. Era un muchacho responsable y maduro, todo el mundo lo decía, y se estaba convirtiendo en un mozalabete guapetón que, aseguraban, se iba a llevar a las mozas de calle,

pero todavía miraba el mundo con los mismos ojos curiosos e ingenuos de la niñez y nunca había dado ese salto al vacío que consiste en imaginarse convertido en un señor hecho y derecho. Todavía, a pesar de sus catorce años, seguía esperando el beso de buenas noches por parte de su madre o las carantoñas de su padre cuando quería reconocerle que había hecho un buen trabajo. Seguía conmoviéndose por el olor del humo de la lumbre sobre los travesaños de la cocina o el del heno del establo, preñado de sutiles matices y de colores.

La vida de Ramón, a pesar de ocasionales estrecheces, había sido un largo río tranquilo, un remanso. Se puede decir que había disfrutado de una infancia feliz, pegado al terruño y a los suyos, y que, consciente o inconscientemente, quería convertir ese mundo en el que había crecido en un chicle que pudiese estirar hasta el límite. Pero no fue hasta aquella tarde en la que, sentado y solo en la orilla equivocada, cuando comprendió que el paso del tiempo, inexorable y con las fauces abiertas, le había mordido y no estaba dispuesto a soltarlo. Frente a él, físicamente a apenas unos metros de distancia, pero espiritualmente en otro universo, Adrián y Teresa se secaban al sol, tumbados panza arriba como lagartijas saciadas después de un banquete. Adormilados, ausentes, dejándose lamer el cuerpo por un sol transmutado en trigo o miel, que los embadurnaba, los uncía, los bendecía a su manera.

Ramón sintió una rabia como no había experimentado jamás. Un respingo oscuro que le brotaba de lo más profundo de las tripas y que, igual que un incendio descontrolado por el monte, iba arrasando todo lo que encontraba a su paso. Un respingo que se materializó en un deseo voraz por vadear el río y estrangular a sus dos compañeros allí mismo con sus propias manos. Un impulso vil, ruin que nunca había pensado que lo habitase, pero al que le estaba costando mucho trabajo contener. En su fuero interno se sentía traicionado, abandonado, dejado a la intemperie en un reino helado que, por primera vez en su vida, percibía como «sin Dios». Imaginó varias veces sus manos cerrándose sobre los cuellos ador-

milados de sus dos amigos. Primero, sobre el de Adrián, que apenas opondría resistencia y al que no daría tiempo ni para que hiciese una mueca de sorpresa, ¡el muy imbécil!, antes de exhalar su último aliento entre convulsiones. Después, sobre el de Teresa, que patalearía y patalearía hasta descoyuntarse los huesos. No le daría opción a gritar, tan solo a abrir los ojos en blanco, aterrorizados, sometidos. Finalmente, la dejaría caer, poco a poco, en ese infierno que se había ganado por su indiferencia hacia él, con sus risotadas, con las miradas de hembra en celo que le había regalado a Adrián mientras danzaban juntos en el río.

Y se imaginó a sí mismo cavando un hoyo en cualquier rincón de la sierra; un agujero lo bastante grande para que cupieran los dos juntitos y lo bastante profundo para que no tuvieran ninguna posibilidad de ganar la superficie, aunque se las ingeniasen para resucitar. En él depositaría sus cuerpos, unidos por toda la eternidad, como en los viejos romances. Y también, como en esos viejos romances, en ese lugar crecerían dos árboles que entrelazarían sus ramas por los siglos de los siglos. Todo muy tierno, hasta que la cruda realidad se impusiese y Goyo los usara como retrete.

Pero Ramón no hizo nada, no tenía el coraje necesario. Probablemente, si hubiese estado en su lugar, Adrián sí lo habría tenido y habría actuado en consecuencia, porque él, con toda seguridad, ya se había imaginado a sí mismo de adulto un sinfín de veces y le habría echado las agallas necesarias para poner los puntos sobre las íes. Aunque nunca le pareció un muchacho inteligente, a sus ojos, Adrián tenía la frialdad, la iniciativa y la audacia pertinentes para abrirse camino a martillazos hacia el futuro. Era el suyo un puño firme que seguramente no se dejaría amedrentar en la vida por ningún fantasma.

Ramón permaneció allí, sentado sobre una piedra, ridículo como un perro que aguarda atado a una farola, a la puerta de una cafetería, la salida de su dueño. Su propia inacción, su incapacidad para actuar, le enervaban todavía más. Le invadía la certeza de que cualquier cosa que hiciese sería peor que no hacer nada y, en lo

más hondo de su alma, temía que esa incapacidad para la acción no fuese más que la prueba palpable e irrefutable de su cobardía, de su inmadurez, de su pequeñez metafísica. No era más que un ser desechable, tan irrelevante que, aunque se hubiese volatilizado en aquel mismo instante, el universo habría continuado su rumbo sin inmutarse. Posiblemente, ni siquiera Teresa y Adrián se habrían percatado de su desaparición. Habría pasado por la vida tan de puntillas que no habría dejado la menor huella. Podría no haber existido y nada habría cambiado en el universo.

Regresaron a casa dos horas más tarde con el sol todavía bien plantado, haciendo guardia en el cielo, y la sempiterna sinfonía de campanillos de cabras en el aire. Apenas abrieron la boca en todo el trayecto. Teresa caminaba absorta en su mundo, inexpresiva, como si estuviera dándole vueltas en la cabeza a lo que había ocurrido aquella tarde y estuviese arrepentida o se sintiese avergonzada. O no, ¿quién sabe? Puede que, simplemente, sus pensamientos ya estuviesen en otro sitio, muy lejos de ellos dos.

Adrián tampoco hablaba, pero su aparente inexpresividad no ocultaba la satisfacción que asomaba a sus ojos. Era difícil saber si no abría la boca porque quería saborear su triunfo sin que nada ni nadie interfiriese en su dicha o porque no quería herir más los sentimientos de Ramón, quien, a fin de cuentas, siempre había sido su amigo.

El primero que se despidió fue Adrián. Su casa era la que antes pillaba de camino. Lo hizo de la forma habitual, con un simple «nos vemos» y sin prestarle demasiada atención a Teresa que, a su vez, tampoco dio muestras de ninguna emoción especial; apenas le dedicó una mirada fugaz de compromiso. Quedaron solos los dos: Ramón, torturándose por dentro, aunque un poco liberado, y Teresa, en su mundo, con las sandalias todavía en la mano y mirándose los pies al caminar.

Desde la casa de Adrián todavía quedaban más de doscientos metros hasta la de Teresa. Solían despedirse a la altura del puente de barro y madera que su padre había levantado con sus propias

manos años atrás. Una vez allí, Teresa tenía que cruzarlo y subir por una ensortijada vereda que conducía a su casa. Desde el puente, apenas era visible, escondida detrás de un puñado de guindos e higueras, una mimosa y un ejército de flores que la señora Amalia, su madre, cuidaba como si fuera su tesoro más valioso. La poca zona visible que podría haber quedado, permanecía tapada por una pérgola, coronada por el parral que le daba sombra a la entrada de la casa en verano. Normalmente, al llegar a aquel punto, Teresa se despedía, cruzaba el puente y proseguía su camino, pero esta vez la muchacha decidió que había llegado el momento de colocarse las sandalias. Ramón, tal vez por cortesía, también se detuvo y la miró. La muchacha tenía los dedos rápidos y hábiles, claramente acostumbrados a coser y tejer, de manera que apenas tardó unos breves segundos en abrochárselas. En otras circunstancias, habría admirado semejante agilidad e, incluso —si su pudor natural se lo hubiera permitido—, habría dejado que su mirada se recrease deslizándose a hurtadillas por encima de las rodillas, pero hizo un mohín de disgusto, volvió inmediatamente la cabeza y se despidió con un lacónico «hasta mañana», sin molestarse en mirarle a los ojos. A él le quedaba todavía un largo camino porque vivía en Navezuelas, a siete kilómetros, y no había tiempo que perder.

Apretó los puños de rabia y, apenas unos pasos más adelante, cuando ya daba por sentado que Teresa había cruzado el puente y estaría fuera de su radio de acción, dejó que un par de lágrimas furtivas —de impotencia, de rabia— asomaran a sus ojos. El peso de la soledad se volvió aplastante, más que si le hubieran caído encima todos los pedruscos del risco, y notó centenares de culebras bullendo en el estómago, intentando trepar hasta su garganta. Y lo peor era que no le cabía ninguna duda de que el destinatario de toda la rabia que hervía en su interior era él mismo; por su cobardía, por su inacción, por su miedo. Habría vendido su alma al diablo si hubiera tenido la ocasión con tal de deshacer el tiempo, de volver atrás y repetir el día, corrigiendo los mil errores que había cometido. Pero sabía que eso ya no era posible, porque el tiempo

no tiene un cuello que le permita girar la cabeza. Lo único que le apetecía en ese momento era echar a correr a toda velocidad y abrir así un agujero en el tiempo que le permitiera atravesarlo y volver al pasado.

—Monchi —sonó la voz de Teresa detrás de él. Se giró, sobresaltado, mientras se secaba las lágrimas con el antebrazo, probablemente intentando hacerlas pasar por gotas de sudor—. Monchi, cacho tonto, que no eres más que un tonto de remate... ¡Hay que ver cómo sois los hombres, que no os enteráis de naa! —y, por primera vez en su vida, acercó sus labios a los del sorprendido muchacho que, como de costumbre, se había quedado sin capacidad de reacción. Los dejó allí, húmedos y calientes, dulces y firmes durante un tiempo que ningún reloj podría haber calculado con precisión. Después los retiró, miró a su amigo directamente a los ojos, poniendo en ellos todo el peso del cuerpo y el alma, y le regaló una sonrisa pura, limpia y luminosa. Habían crecido juntos y siempre, sobre todo de pequeños, habían tenido mucho contacto físico, pero nunca se habían besado en los labios.

Y, tal vez dando su misión por cumplida, Teresa se alejó unos pasos de él, caminando de espaldas, marcha atrás, para no perderlo de vista, levantó el brazo derecho en señal de despedida, y después dio media vuelta y se alejó corriendo en dirección al puente. Lo cruzó y tomó la vereda que conducía a su casa sin volver la vista atrás. El mundo ya no volvería a ser el mismo para ninguno de los dos.